



SERIE NOVENA
CAPITULO I

OS IRMANDIÑOS

La avidez de los señores feudales del siglo XV creó el resentimiento y el odio en las esferas populares
ASI BROTO LA FLOR INGRATA DE LA GUERRA CIVIL

«Os tempos son chegados»
E. PONDAL

EN el siglo XV Galicia era un país feudal. Todas las tierras que no pertenecían a la Iglesia eran propiedad de unos cuantos señores. Se ha dicho que los barones del feudalismo gallego recuerdan a los «señores de la guerra» de la China feudal. La comparación no es justa. Parece que los chinos eran mucho más razonables y sosegados.

Entre las grandes familias que se repartían la geografía gallega como quien se reparte un coto de caza figuraban los Andrade, los Enriquez de Castro, los Moscoso, los Osorio, los Zúñiga Biedma, los Sotomayor, los Sarmiento, los Das Mariñas y mis antepasados los Ozores de Ulloa.

Algunas de estas familias eran de una nobleza muy rancia. Otras formaban parte de la «nueva clase» enriquecida y se habían elevado unos treinta años antes.

Es cosa muy distinta ser un viejo señor feudal, con raíces hundidas en el tiempo de los reyes suevos, tal y como era el caso de los condes de Trava y Trastámara, y ser un nuevo señor feudal recientemente ennoblecido por el oportunismo político.

A los antiguos señores se les reconocía un carácter casi divino; la avidez, la osadía y la desconsideración de la «nueva clase» —los Andrade son el ejemplo más conspicuo— creó primero la inquietud y más tarde el resentimiento y el odio en las esferas populares.

De este resentimiento, de este odio a los grandes iba a brotar la flor ingrata de la guerra civil.

NI LOS DERECHOS DE NACER Y DE MORIR

La situación social se resume en dos palabras: los señores feudales tenían todos los derechos. Sus vasallos no tenían ni siquiera los derechos de nacer y de morir. Por nacer tenían que entregar a su señor un tributo, la llamada «Goyosa», la muerte traía también el suyo consigo, la «Luctuosa». Después del fallecimiento del vasallo su mejor animal pasaba a las cuadras del señor.

Mientras los señores estaban exentos del pago ordinario de tributos, los vasallos vivían agobiados bajo el enorme peso de las cargas fiscales. «Goyosa» cuando nacían, «Luctuosa» cuando morían, «fonsado» u obligación de presentarse armados cuando al señor se le ocurría hacer la guerra, «osasa» o «calzas» que se pagaban al casarse, «yantara», «conducho» u «hogaza» provisión de alimentos en caso de paso del señor. Otra serie de horribles impuestos abrumbaban al vasallo si se le ocurría hacerse una casa, o vender la que tenía, o mudarse a una nueva.

Los vasallos estaban obligados a trabajar gratis las tierras señoriales, a construir o reconstruir las fortalezas y castillos en donde luego, si no se cuidaban mucho, les estropeaban a sus mejores muchachas; también estaban obligados a pagar los «foros» o tributos en especie.

GALICIA, PIONERA EN LA CUESTION SOCIAL

Galicia —ya lo he contado en capítulos anteriores— fue una pionera en la cuestión social.

Santiago de Compostela, que en el orden del desarrollo técnico y científico más bien ha tenido presente el ejemplo de Lasa, en el Tibet, en el orden de las libertades cívicas (por lo menos en pedirías) es uno de los pueblos más avanzados e ilustrados de Europa.

Ya en el siglo XII, y no digamos en el XIII y XIV, el Concejo compostelano exigía una serie de franquicias para el autogobierno cuya consecución aún hoy resultaría satisfactoria. La lucha del pueblo gallego contra la tiranía feudal se inició en la ciudad santa y al amparo de la catedral. Clerigos compostelanos participaron en los primeros movimientos.

CONMOCIONES EN EL SIGLO XV

Iniciado ya el siglo XV se producen nuevas conmociones igualmente dirigidas a romper la servidumbre feudal:

1.—A partir del año 1418 insurrecciones periódicas de los burgueses compostelanos que, con el apoyo de algunos nobles, intentan liberarse del «señorío» ejercido por los Obispos Lope de Mendoza, Alvaro de Isorna y Rodrigo de Luna. 2.—En el año 1431, I Guerra Irmandiña circunscrita a los vasallos de la casa de Andrade de Puenteumeu, Ferrol y Villalba con auxilio de La Coruña. 3.—Hacia el año 1466, II Guerra Irmandiña que se extiende a toda Galicia. Los comuneros llegan a mover ejércitos de ochenta mil hombres.

MADUREZ DE LOS BURGUESES COMPOSTELANOS

En el siglo XV, que es el más interesante de la Historia de Galicia, los bur-

INICIAMOS ahora el noveno capítulo de la serie escrita por Victoria Armesto «Mil años de Compostela» que por su originalidad, su gracia literaria y su documentación, está llamando poderosamente la atención de nuestros lectores.

Recordamos que se trata de una interpretación histórica de Galicia, centrada en Compostela.

El primer capítulo, iniciado cuando el año santo jacobeo, trató del redescubrimiento de los huesos apostólicos en el siglo pasado y de la extraordinaria figura de don Antonio López Ferreiro, historiador de la Catedral.

Versa el segundo sobre la posibilidad de que Santiago de Compostela pueda ser la tercera de una serie de ciudades santas gallegas —la primera sería Dugium o el culto al sol, la segunda Iria Flavia o el culto a Isis— y las leyendas jacobeanas del hilo que engranase las tres espiritualidades.

El cuarto capítulo contiene la vida del heterodoxo gallego Prisciliano, decapitado en Treveris y al que sus discípulos trajeron a enterrar a Galicia.

En el cuarto se explica el carácter inadmisible de la nobleza gallega y las diferencias existentes entre Santiago de Compostela y Córdoba.

Bajo el título «Fiel, pero desdichado» el quinto capítulo estudia la personalidad del Obispo Diego Peláez, que quiso unir Galicia al mundo normando y mandó a Guillermo el Conquista-

do mayor se lo disputaban enseñándose los dientes como mastines, dos barones feudales. Uno era don Fadrique Enriquez de Castro, conde de Trastámara y duque de Arjona, otro era don Ruy Sánchez de Moscoso. Volveré a repetir para que quede más claro que este don Fadrique era, por su madre, nieto del líder nacionalista gallego don Fernán de Castro. Por su padre pertenecía a la familia real castellana.

Don Ruy de Moscoso era por línea paterna sobrino nieto del Arzobispo don Rodrigo, de tan grata memoria, y por su madre, nieto o biznieto del rico burgués Bernal Yáñez do Campo, quien le legó unas ciertas ideas o sentimientos liberales, y lo que suele ser más ventajoso, una fortuna muy considerable.

En su juventud don Ruy de Moscoso había sido Canónigo compostelano. lo que sin duda contribuyó a la formación de su carácter combativo y rebelde.

Peleando con otros barones feudales tan exaltados como él, don Ruy de Moscoso perdió un ojo. No sé si el derecho o el izquierdo. Pero ni aún después de quedarse tuerto le falló su combatividad.

En don Fadrique Enriquez de Castro se conjugaba la monumental osadía de la casa real castellana, con la histórica magia de los Castro de Galicia, que siempre habían sido como reyes.

LOS SOTOMAYOR

Puesto entre estos dos frentes, el Arzobispo quiso buscar aliados y, como primera providencia, casó a su sobrina, doña Mayor de Mendoza, con don Payo Gómez de Sotomayor.

Don Payo Gómez era de los Sotomayor de la casa de Lantáño, vieja familia aunque la casa fuera nueva que la acababan de hacer. Los Sotomayor, bien fueran de la rama de Lantáño o de la de Tuy, nunca habían logrado reunir un número suficiente de vasallos que trabajaran para ellos. Siempre andaban un poco a la quinta pregunta, pero se consolaban recordando sus heroicos orígenes.

Según ellos estaban al lado de los Figueroa cuando estos esforzados paladines, armados tan solo con unas ramas de higuera sacudieron a los moros que venían a cobrar el infame «tributo de las doncellas». La lucha legendaria se produjo en tiempos del rey Mauregato, que aún están más lejanos que los de María Castaña.

En realidad, más que por las hazañas de sus antepasados, don Payo Gómez de Sotomayor era estimado por las suyas propias. Estaba aún reciente el recuerdo de su misión diplomática cerca del gran Tamerlán de Tartaria.

Don Payo Gómez de Sotomayor, que iba representando al rey don Enrique III de Castilla, llegó a la Tartaria y allí encontró al Gran Tamerlán que tenía delante de sí «una piedra que sudaba cuando mentaban». Interrogado frente al mágico testigo, don Payo Gómez de Sotomayor evitó cuidadosamente decir una sola verdad, sin que por ello la piedra sudara.

Hay quien dice que no es mérito suyo, la piedra no sabía ni una palabra de gallego. Otros, como Vasco de Aponte, lo achacan a la habilidad dialéctica de don Payo, que por lo visto era un gelmiriano...

Encantado por la veracidad de su huésped diplomático el gran Tamerlán le regaló dos princesas húngaras para que se las llevara de su parte al rey de Castilla.

De regreso de su embajada, y en el curso del largo camino de Tartaria a Castilla, don Payo de Sotomayor fue menos fuerte en resistir sus tentaciones eróticas que había sido en rehuir el sortilegio de la piedra, y dejó a una de las princesas en estado interesante.

Al enterarse don Enrique III de Castilla dictó pena de muerte contra el señor de Sotomayor, pero éste tenía buenos valedores de la corte y al final, en vez de degollarle, le ordenaron que se casara con la húngara.

Don Payo, que entretanto habíale tomado manía, lo hizo con tales reservas morales que le permitieron fácilmente repudiarla en el día en que falleciera don Enrique III.

Ese día no se hizo esperar mucho, que no en vano al rey de Castilla le llamaban Enrique «el Doliente».

Don Enrique falleció en el 1390 a los 27 años. Poco después la ex-pupila del gran Tamerlán de Tartaria que había sido bautizada con el nombre de María fue recluida en la torre de Santo Tomé de Cambaos. Como fruto de aquel extraño viaje de Tartaria a Castilla le nació una hija que casó con el hidalgo gallego Martín de Xunqueiras.

(Vasco de Aponte, Relación de algunas casas y linajes del reino de Galicia, edic. «Camino de Santiago», Buenos Aires, sin data, pág. 29).

AISLACIONISMO GALLEGO

Una vez que le había ofrecido la mano de su sobrina, y una vez que su sobrina se casó con él, don Lope de Mendoza descubrió que don Payo Gómez de Sotomayor había gastado toda su energía en la embajada a Tartaria y acaso en el viaje de regreso.

No le quedaban ánimos para oponerse a dos personajes tan belicosos como don Fadrique Enriquez de Castro y don Ruy Sánchez de Moscoso.

Entonces el Arzobispo don Lope, que por suerte no carecía de recursos, decidió extraer a los barones gallegos de sus rencillas tribales e interesarlos en la Reconquista.

Todo el que escarba en los antiguos códices descubre, a través de las complejas y desusadas fórmulas, la veta escondida del aislacionismo gallego.

Escarmentados por los repetidos fracasos que siempre acompañaban su salida del Cebreiro, en los nobles gallegos del siglo XV aflora un claro sentimiento aislacionista. Contra este sentimiento diferenciador tuvo que luchar el Arzobispo don Lope y dice mucho en favor de sus dotes diplomáticas el hecho de que, aparte de sus propias mesnadas feudales, lograra poner en marcha un ejército de nueve mil hombres, (año 1410).

Eran los tres tercios gallegos que iban a participar en la campaña de Antequera. A medio camino entre Sanabria y Benavente se pelearon los jefes de los tercios que eran los señores de Andrade, de Ulloa y de Moscoso. Estos tres, y también otros barones feudales que les acompañaban, se disputaban el mando.

En medio de aquella riña de gallos, parado el ejército, suspendidas las operaciones y habiendo tomado algunos capitanes la resolución de volverse a sus bases, Pa-

do y Gómez de Barbeita dejó escapar la famosa frase en la que se encierra toda la tragedia histórica de Galicia: «Somos gallegos é non nos entendemos». (López Ferreiro, Historia de Santa Catedral, vol. VII, pág. 200. Vicoito, Historia de Galicia, vol. VI, pág. 8).

NEGATIVA A RECONOCER EL SENORIO FEUDAL DEL ARZOBISPO

Por su parte el Arzobispo don Lope de Mendoza, cuyo corazón andaluz estaba inflamado de un gran ardor bélico, siguió con sus mesnadas hacia Antequera. Allí una saeta mora le hirió en un pie. El valiente Arzobispo que para curarse se quedó algún tiempo en la corte, regresó a Santiago cojo y se encontró con una situación caótica.

Los burgueses compostelanos, apoyados en don Ruy Sánchez de Moscoso, el tuerto, se habían confederado en Hermandad y se negaban a reconocer el señorío feudal de don Lope de Mendoza (año 1418).

Conocemos bien los detalles de la conspiración, y hasta los nombres de los principales rebeldes porque el Arzobispo don Lope de Mendoza mandó al Papa Martino V un memorial dándole cuenta de los tristes sucesos: «Santísimo Papa y Beatísimo Señor, por parte de vuestra devota criatura Lope Arzobispo compostelano y del Cabildo de Santiago se expone que aunque la ciudad de Santiago y su señorío... desde tiempo inmemorial pertenece a la Iglesia de Santiago, sin embargo la Hermandad y gremios de dicha ciudad y en especial Ruy S. Moscoso, Caballero, N. Carneyro, sastre, Gutierre Fernández, carniceiro, Jacobo, guarnicionero, Fernando Fresno, sastre, Diego Pérez, zapatero... con otros muchos sus congeneres, favorecedores y secuaces, hallándose ausente por causas legítimas en la corte del rey don Juan dicho Arzobispo don Lope, sin más autorización que su propia temeridad impusieron nuevas sisas, gabelas y tributos... en gran perjuicio de la Iglesia y de la libertad eclesiástica. Y porque el Cabildo contradijo estas imposiciones, los de la Hermandad quisieron penetrar a mano armada en la Catedral y amenazaron con enterrar vivos a los Canónigos en las huesas que habían abierto en el cementerio de la Quintana... Para evitar un fin tan desastroso —si-gue explicando don Lope de Mendoza— los Canónigos no tuvieron más remedio que huir, instalándose en el Monasterio de Osera. Los rebeldes se hicieron dueños de la ciudad.

LA VIDA DEL OBISPO DE LAODICEA, EN PELIGRO

El religioso varón, Fray Lope, Bachiller en Teología del Convento de Santa María la Nueva de la Tercera Orden de San Francisco, tuvo la valentía de reprobar en un sermón los desmanes cometidos por la Hermandad. Los «irmandiños» quisieron matarle y sólo se salvó por intervención de algunas personas devotas. Algo más tarde también se puso en peligro la vida del Obispo de Laodicea, quien, después de que los turcos invadieron el Asia Menor, se había refugiado en Santiago de Compostela como en un lugar tranquilo. También Fray Gonzalo, Obispo de Laodicea, debió manifestar algunos sentimientos hostiles a la Hermandad. Inmediatamente invadieron el priorato del Sar, donde se alojaba. Fray Gonzalo debió esconderse muy bien porque los «irmandiños» no le encontraron. Salieron del Sar llevándose todos los libros del venerable eclesiástico más todo el trigo que allí tenían guardado los canónigos. Llegaba a tanto la provocativa insolencia de los «irmandiños» que, si alguna autoridad religiosa se atrevía a amenazarlos con las penas de la excomunión encogíendose de hombros respondían: —¿Qué es la excomunión? ¿Es blanca o es negra? (López Ferreiro op. cit. pág. 37 y 38).

ORIGEN DEL PODERIO DEL CONDE DE LEMOS

Huyendo del fuego «irmandiño» donde tenía abrasarse, don Lope de Mendoza vino a caer en las garras de don Fadrique Enriquez de Castro, al que —dejando a su sobrino en la estacada— el Arzobispo nombró «Pertiguero Mayor de la Catedral». La protección del Conde de Trastámara le duró al Arzobispo don Lope sólo hasta el año 1429. Ese año don Fadrique salió de Galicia con sus mesnadas para auxiliar al rey don Juan II, que iniciaba entonces su campaña aragonesa. Por razones poco claras el rey le mandó prender y fue encarcelado en el castillo de Peñañiel; pronto don Fadrique Enriquez de Castro se dejó morir. Sus bienes castellanos pasaron a la corona, los gallegos, la herencia de los Castro, (Pasa a la página DIECISEIS)